

Alvaro Carrasquilla

La Novela Semanal

Serie III

Número triple

Números 70 y 71

Valor, \$ 0.10



(Escena final del 2.º acto)

LA CULPABLE

Comedia dramática en tres actos y en prosa.

por **LUIS ENRIQUE OSORIO**

LA NOVELA SEMANAL

Dirección y Administración

Calle 13 número 252 B.

Bogotá - Colombia

Teléfono 17-00

Director

Luis Enrique Osorio

Suscripción anual \$ 2.40

Suscripción Semestral 1.20

Ejemplar 0.15

Número atrasado . . . 0.10

Jefe de Redacción: Bernardo Arias Trujillo.

DIRECCION TELEGRAFICA: SEMANAL

NUMEROS 70 y 71 | Bogotá, 30 de mayo de 1924 | Tercera Serie

LUIS ENRIQUE OSORIO

LA CULPABLE

Comedia dramática en tres actos y en prosa.

Se estrenó en el Teatro Municipal de Bogotá en la noche del 19 de abril de 1924, con la Compañía Dramática Colombiana.

REPARTO:

<i>Violeta.</i>	Nora del Real.
<i>Flora.</i>	Beatriz Valet.
<i>Pedro.</i>	Pedro Gallardo.
<i>Héctor.</i>	Ernesto Hidalgo.
<i>Moncho.</i>	Enrique Vidal.
<i>Garza, Duque del anís.</i> .	Roberto Estrada Vergara.
<i>El Tuerto.</i>	Roberto Rubens.

La acción en Bogotá.—Epoca actual.

A LOS INTERPRETES:

Si esta obra sincera merece vivir, que su nombre vaya siempre unido al de ustedes, que crearon conmigo un solo optimismo y un solo corazón para ofrecerla al pobre público extranjerizado de la ex-Atenas chibcha, coronando así uno de los más modestos pero patrióticos esfuerzos para iniciar la implantación del teatro genuinamente colombiano.

EL AUTOR

PROLOGO:

(Héctor, por delante del telón).

Señoras y señores:

Tras este lienzo váis a ver la realidad exprimida lo mismo que una fruta madura. El autor no ha hecho más que recibir el jugo agridulce en la copa de su fantasía.

Quienes todo queréis verlo con la máscara del convencionalismo y el prejuicio hallaréis esta obra demasiado desnuda, como la modelo apasionada de un escultor.

No obstante, nada hay aquí que no se halle en vuestros corazones vivo o latente. La vida es un reflejo de nuestra alma, y por eso la miseria social es un arroyo turbio que copia nuestra imagen.

Para que aquí todo sea vuestro y no os extrañe, no miréis en la farsa hombres sino símbolos, pedazos de vuestro corazón.

Imaginad que vuestro corazón se despedaza sobre el tablado, y que cada fracción de él es un sér humano que llora o que ríe.



ACTO PRIMERO

(Habitación de un hotel de mala muerte. Puerta a la derecha y balcón a la izquierda. Al foro una cama ancha y sucia. En el ángulo de la derecha una cómoda; en el opuesto, un biombo tras del cuál se ve el umbral de una puertecita practicable. Mesa en el centro. Sillas de paja).

(Al levantarse el telón Violeta y Pedro se hallan recostados, cada uno en un extremo del lecho y vueltos de espaldas. Oyense golpes en la puerta).

Violeta — (Sentándose y restregándose los ojos)—Están golpeando.

Pedro—(Medio dormido) Mhmmm?

Violeta—Que están golpeando... Yo no abro. Levántate tú.

Pedro—Qué horas serán?

Violeta—Bonita pregunta. Ya se te olvidó que habías trasteado hasta con el despertador para el Banco Prendario.

(Golpean más fuerte).

Van. Van. Van!

Pedro—Cuando será que no se des-

pierta de mal humor mi fierecita... (La abraza).

Violeta—Déjame... Estaré para cariños ahora... con el hambre que tengo.

Pedro se levanta y abre la puerta. Entra el Tuerto, un sirviente desarrapado, con una escoba en una mano y un papel en otra. Habla con el tono nasal y decaído de los calentanos de tierra adentro.

Criado—(Entregando el papel). Que la señora.... Que.... que ái les manda.

Pedro — (Recibiendo). Dígale que está bien.

Violeta (Salta del lecho en desabillé, echa mano a un cupido que está en la cabecera y va con él a

ocultarse detrás del biombo diciéndole): Pobrecito mío.... Qué tal noche pasó?... De quién son esos ojitos? (*Lo cubre de besos*), Pedro—(*Al tuerito*). Váyase. ¿Qué espera?

Criado—Que.... que ella dice que... quesque no quiere no más que lo lea.. sino que... que si le manda la plata.

Violeta—(*Detrás de biombo*). Qué pereque está poniendo esa vieja. Uy!

Pedro—Dígale que mañana.

Tuerto—(*Indeciso*). Es mejor que... le mande ora, porque.. endespues la paga es con uno... Dice que es que... que uno no les cobra... y que... que tiene que pagar la casa y que...

Pedro—Qué demonio de vieja! Estará pensando que le vamos a robar? Vaya dígame que está tratando con gente.

Tuerto—Mqm... Eso dígaselo usted.. Yo ái cumplo con traerles lo que ella me dio.... y con decirles lo que ella me dijo... que... que si no le mandaban plata que... que le fuera esocupando que...

Pedro—Pues si quiere por las malas que nos desahucie. Tendremos treinta días para vivir a sus costillas... Diabla de vieja! Cuántas veces tendré que repetirle que no tengo más que este cheque para cobrar el mes entrante.. Qué culpa tengo yo de que nadie me pague?... Que guarde ella el cheque si es tanto la desconfianza. (*Se lo tira por la cara al criado*).

Tuerto—(*Cogiendo el cheque y saliendo*). Bueno. Yo a ver cómo no... Yo ai se lo entrego y le digo que... que... que..

(*Mutis del Tuerto, renegando en voz baja. Violeta reaparece con un trajecito de percal*).

Violeta—Qué bárbaro! Cómo le vas a mandar ese cheque falso!

Pedro—Si no fuera falso no se lo

mandaba.

Violeta—Puede maliciar y preguntarle a alguien.

Pedro—Cualquiera le explica a esa vieja bruta lo que es un cheque falso. Y mientras llega la fecha de cobrarlo pueden suceder muchas cosas.

Violeta—Muchas cosas... Yo no sé qué es lo que piensas hacer. Hoy tampoco comemos?... En la tienda ya no nos fian ni un terrón de azúcar.... Me sigo apretando el estómago?... Dí: qué piensas hacer?

Pedro—Yo? Plata.

Violeta—Sí. Con los brazos cruzados.

Pedro—Qué ganas de molestar, caramba. No te dije ya que el Moncho debe venir hoy a trabajar? que estabamos consiguiendo el ácido que nos hacía falta?...

Violeta (*con súbita alegría*)—A qué horas vendrá el Moncho?

Pedro—No debe tardar.... Puedes ir preparándolo todo.... Hay plomo?

Violeta—Apenas para unas dos moneditas.... Lo que falta es alcohol. Ve a conseguirlo.

Pedro—A dónde? Como no empeñe la fe de bautismo.. Pídele al tuerito. Ese por darte gusto es capaz de ir a robárselo.

Violeta—Le pedí ayer y me dijo que la vieja lo tenía todo debajo de llave.

Pedro—Qué hacemos entonces?

Violeta—Aguardar a que llegue el Moncho. Puede que él esté en fondos.

Pedro—No hay nada que comer?

Violeta—Ah, sí: un huevo que me robé ayer en la cocina.... Pero está crudo.

Pedro—No importa.

Violeta—(*Yendo al estante de la cómoda*). La yema para mí.

Pedro—Me comería aunque fuera la cáscara.

Violeta—Lo puse aquí, donde no lo fueran a ver. (*Abre la cómoda, tira de un trapo y el huevo cae al*

suelo). ¡Ay, mamita!

Pedro—Sea usted ladrón para estol

Violeta—Y tan ilusionada como yo estaba! No me lo quise comer anoche para tener hoy con qué desayunarme. (*Zapatea como una chiquilla y pone la cabeza contra la pared lanzando reniegos lloriqueantes*).

Pedro—Apúrale, pues. Saca la plancha y límpiala para que el Moncho la encuentre lista.

Violeta—(*Saca la maleta de la cómoda y mientras se acerca a la mesa y pone sobre ella los útiles consistentes en frascos, paquetes de papel y una máquina de hierro, entona un trozo de canción popular que interrumpe con un bostezo*). Ay caramba! Qué hambre tengo! (*enojada*). Podías ir a conseguirte algo, caramba. No pareces hombre.

Pedro—Paciencia, mijita. Con nervios no vamos a ninguna parte.... Ya son pocos los días difíciles... (*la abraza*).

Violeta—(*Irónica*). No me hagas reír.

Pedro—El socio que ahora tenemos, el costeño ese que te presenté ayer, es hombre de plata.... Ahora sí vamos a trabajar en grande.... No tendremos ni donde guardar todas las monedas que se acuñen... Después haremos lo que tu quieras. Nos sacamos el clavo bien sacado. Nos largamos a Estados Unidos, o a Europa, o a...

Violeta—Sí, todos los días me repites la misma historia. Total: nada.

Pedro—¿Pero no te das cuenta de que esto no es soplar y hacer botellas?

Violeta—De lo que me doy cuenta es de que ahora vas a hacer dos o tres monedas, como siempre; que las gastaremos en almorzar y mañana estaremos bostezando otra vez.... Me doy cuenta.... Y al fin del mes nos saldremos del hotel sacando el equipaje por el balcón... para volver a empezar en otra parte... Me doy cuenta tam-

bién de que ya no tengo ni qué ponerme, porque todo me lo has vendido y empeñado... El que no se da cuenta de nada eres tú.

Pedro—Pues mijita: aquí no se detiene a nadie.

Violeta—No tienes más salida que esa. (*Remedándolo*) «Aquí no se detiene a nadie» ¡Idiota!

(*Entra el Moncho, un aventurero antioqueño de vulgar catadura.*)

Moncho—Hiii.i...jue los diablos....

Siempre los encuentro agarraos.

Violeta—(*Alegrándose repentinamente*). Ay, Monchito: lo ha llovido el cielo... Ahí está todo listo... Dese prisa, que estamos limpios. (*La lleva a tirones hasta la mesa*).

Moncho—Juá, juá, juá....

(*Toca sobre la mesa un aire de bambuco con las yemas de los dedos*).

Pedro—(*A Violeta*). Cierra bien la puerta.

Violeta—(*Cierra la puerta con llave*).

Moncho—Ta gueno... Encendé el reverbero.

Pedro—No hay alcohol.

Violeta—Ni con qué comprarlo ni a quien pedirselo.

Moncho—Eh! Yo ando pior que ustedes. Eso se llama estar uno de malas.

Pedro—¿Qué hacemos?

Violeta—Servirá una vela que tengo aquí?

Pedro—Valiente ocurrencia. Que podemos hacer con una vela?

Moncho—Hijue los diablos con el conflicto tan maluco!

Violeta—Ahora verán. Derretimos el plomo en esta cucharita.

Moncho—Ps claro!.. Esta chica sabe mas qui uno... No se ahoga en un vaso de agua... Jua, jua, jua.

Violeta—(*A Moncho*). Coja usted la cuchara. Yo la caliento.

Moncho—Hi.... Ya va derritiendo... Arrime la vela, pues.... Arreyay! Se está calentando de a mucho.

(Va pasando la cuchara de una mano a otra, cada vez con más rapidez; Luego se dirige a Pedro). Alcanzame la toalla, que esto se está poniendo pior que una paila del quinto infierno...

Pedro—Hace días que no nos ponen. Yo me seco con la falda de la camisa.

Moncho—La camisa, pues, aunque sea, que no será la primera vez que te la quitás pa salir de un apuro.

Pedro—Toma la funda de una almohada.

Moncho—Hijue la funda pa puerca. Parece un mapamundi.

Violeta—Ayl Tan pulcro que lo verán!

Moncho—Juá, juá, juá.

Pedro—Ya va a estar.

(Golpean. Sobresalto general).

Violeta—Shhh!

Pedro—Quién será?

Flora—(Afuera, golpeando otra vez). Abran, abran....

Moncho—Es mi vieja, que la dejó en la calle cuidando.... Abrile, Pedro, pues, a ver con que escándalo viene.

Pedro—(Abre alarmado la puerta). Qué sucede?

Flora—(Entrando a toda prisa y corriendo hacia el balcón)—Miren, miren quien viene ahí.

(Todos se alarman).

Pedro—(Yendo a toda prisa al balcón). Dónde?

Flora—Allí.

Pedro—(Tranquilizándose) Creí que era algo de importancia.

Violeta—Ya sé quién viene: el poeta Garza.

Moncho—(A Flora). Mirá qué tan bruta sos. Y por eso metés tanto ruido?

Pedro—No lo dejes venir para acá, Florita.

(Sale Flora y Pedro cierra de nuevo la puerta).

Violeta—(Con voz lloriqueante). Ay, se me está quemando mi cucharita tan linda que me robé la otra

noche en Rondinella.

Moncho—Ya está... Echále el ácido, Pedro, pues.... Ora traé pa ca la plancha.... (Vierte en ella el plomo). Ta gueno.

Violeta—Qué olor tan penetrante el de ese ácido.

Moncho—Ah! Es el secreto... El milágron!... Eso hace que el plomo suene como si fuera oro de verdá.

(Aprietan la plancha. Momento de silenciosa expectativa.. Abren y sacan la moneda, que tintinea sobre la mesa)

Pedro—Qué bien quedó!

(Frota la moneda con un pañuelo que unta de dorado y ácidos).

Moncho—Dame el dorao... Ves?... Tiene hasta las rayas de las monedas viejas... La mete.... Es pa que aprendan a hacer libras antioqueñas, jua, jua, jua....

Pedro—(Toca la moneda y retira la mano bruscamente, con un gesto de dolor)—Hay que esperara que se enfrie (a Violeta). Que miras tanto?

Moncho—Querrá aprender el oficio. Yo nunca he trabajado en otra cosa y se lo aconsejo a cualquiera.... Eh! Esto es mejor que un Ministerio. Aquí se hacen morrocotas de las guenas y los Ministros no pueden hacer más que papel moneda.... y eso partiendo el bocao entre todos los copartidarios.

Violeta—Yo sí, yo sí quisiera estar todo el día en la máquina, haciendo monedas sin descanso.... hasta juntar quinientos, mil, muchos millones de pesos. Me iría muy lejos.... al oriente.... Tendría un palacio de mármol rodeado de jardines... por donde pudiera andar semi-desnuda... y muchos esclavos abaniqueándose con plumas, como a una diosa...

Moncho—Avisé, pues, pa ir a mirar por un agujerito.

Pedro—No hagan castillos en el aire. No tenemos más que una moneda sobre la mesa y plomo para otra.

Moncho—Hagámosla, pues, pa que nos quede al menos la satisfacción del deber cumplido.

Pedro—No. Dejemos eso para la tarde. Ya no resisto el hambre. Guarda todo, Violeta. Nosotros vamos a cambiar y traer algo.

Violeta—Si no vienen pronto, cuando lleguen no encuentran plomo. Me lo he comido.

Moncho—No porque le puede caer muy pesao.

(*Salen Moncho y Pedro*)

Violeta—(*Guarda los útiles de falsificación en la maleta, la pone en la cómoda y se dirige a sus cupidos*). Vagamundo! Qué modo de llevar el traje. Los bracitos así. (*Se los levanta*). A ver: si los bajas es que me están pensando. (*El cupido queda con los brazos abiertos. Ella se entristece, No?.. Mentiroso... Ahora dime: vendrá pronto a verme? (Repite la misma operación). Tampoco?.. So mugre, so... (lo tira sobre la cama).*)

(*Entra Flora*).

Flora—El poeta viene para acá.

Violeta—Ya no me deja ni a sol ni a sombra. Dile que no estoy aquí. (*Se esconde detrás del biombo*).

Garza—(*Afuera*). Se puede?

Flora—Siga, poeta.

(*Entra Garza. Es un hombre ceremonioso, afectado. Viste sacolevita, sombrero flojo y corbata de mariposa. A pesar de su traje sucio y rugoso pretende asumir el porte de un gran señor*).

Garza—(*Mirando al balcón*). Señora Marquesa... Señora Marquesa... Ya la ví... Por qué se me esconde?... No me quiere hablar? (*Se asoma debajo de la cama*).

Flora—(*Hace esfuerzos para no reír*).

Garza—No sabe usted lo que le traigo: flores.

Violeta—(*Saliendo entusiasmada de su escondite*). Deveras? Ay, démelas, démelas... Qué son?

Garza—Flores de su nombre: Violetas.

Violeta—(*Moviendo el busto alegremente y haciendo manifestaciones de gran entusiasmo*)—Qué rico huelen!... Hasta quitan el hambre!

Garza—Ni me saluda siquiera. Qué mal corazón!

Violeta—Qué ocurrencia! Buenos días... Como no hace nada que se fué de aquí pensé que no necesitaba saludarlo otra vez... Flora: lléname ese vaso de agua para poner ahí las flores, porque si no se me marchitan muy pronto.

Flora—(*Lo hace*).

Garza—Qué linda amaneció! Parece una aurora con sus capulitos de rosa... Deme la mano siquiera... Buenos días... Esos deditos vueltos hacia arriba me tienen loco.

Violeta—A mí también me tiene usted ya loca con sus florilegios.

Garza—No olvide usted que soy hijo de Apolo... La tuviera loca de amor...

Violeta—(*Irónica*). Qué bueno sería, ¿no, Señor Duque del Anís?... Ah! Me trajo anís, Señor Duque?

Garza—Pero, cómo? Gasté en flores las únicas lupias que pude conseguir, Señora Marquesa.

Violeta—Entonces vaya a traerlo. De lo contrario no vuelva aquí en todo el día porque le doy con la puerta en la cara.

Garza—(*Registrándose los bolsillos*)—Qué hago?... No tengo ni siquiera qué empeñar.

Violeta—Empeñe el sombrero, que poca falta le hace, ya que no sale nunca de aquí.

Garza—Haré lo que usted mande, señora Marquesa.

(*Sale Garza. Violeta, mariposa por la habitación con aire descontentadizo y luego se sienta muy pensativa*).

Flora—Qué tenés, Violeta?

Violeta—Hambre.

Flora—Parecés triste.

Violeta—Al revés (*sonríe*). El hambre acaba por convertirme en

risa.

Flora—La verdá, ala. A veces qué puede hacer uno sino reírse de su perra vida?

Violeta—Pero ríete, ríete. Por qué no te ríes? (*Le hace cosquillas*).

Flora—(*Riendo estrepitosamente*). Basta, basta.

Violeta—No sé si estoy alegre.... si estoy triste.... si estoy desesperada.... *Flora*: (*Vacila: Mira a un lado y otro como temerosa de abrir su corazón y al fin habla indecisa, como si las palabras se escaparan contra su voluntad*). Quiero a Héctor.

Flora—A quien?

Violeta—A Héctor.

Flora—(*Ríe burlonamente*).

Violeta—Lo quiero con toda mi alma. *Flora*, *Florita*: Qué hago?

Flora—Olvidalo, no seas boba.

Violeta—Crees que no vuelva?

Flora—Yo que sé.... Lo que creo es que vos te enamoras hasta de unos calzones colgaos de un escobero.... Un hombre que no has visto sino una vez en la vida y que nada tiene que ver con nosotros... No seas loca.

Violeta—Es verdad... Quizá malicié lo qué éramos... y como dicen que es tan bueno...

Flora—Mirá con lo que salís ahora.. Tonta ¿qué tenemos de malo nosotros? Yo al menos no he hecho sino bien en esta vida. Desde chica tuve que mantener a mis viejos. Ellos me echaban a la calle a conseguir plata. Y cuando no se la traía, nos quedábamos nosotras sin mazamorra y él sin aguardiente. Entonces, ¡Venga la muenda! Vagamunda! No servís pa nada! Conocí al Moncho y tuve que dejar a los viejos pa servirle en todo a él. Que si andá a cambiar esta moneda; que si entreténeme a aquel tipo mientras le saco la cartera del bolsillo, que si esto, que si l'otro.. Y yo a todo que sí, sin decir esta boca es mía, o vengan palos también... Ya ves que mi vida no ha sido otra cosa que ser-

vir a los que quiero. Y sin embargo, cualquier día me meten en la guandoca como a una mala mujer.

Violeta—Tú crees que Héctor pueda quererme?

Flora—¿Y por qué no?

Violeta—A veces imagino que ya es mío.... que hemos vivido juntos mucho tiempo.... que tenemos un hijito.... tan lindo como mi nene que se me murió.

Flora—Tuviste un hijo? No me lo habías contaol

Violeta—Por eso me fugué de mi casa.... El que era mi novio me dijo que huyera con él, antes de que los míos supieran nada.... Me trajo a Bogotá.... Luégo me dio a beber a traición un veneno.... El niño nació antes de tiempo, ahogándose.... Era chiquitico.... Parecía un cupido.... Duró pocas horas.... Qué horror!.... Cuando murió, no necesité que me lo dijeran.... Comencé a llorar desesperada.... Consuélate, me aconsejaban, y me entregaron el pedacito de mi carne ya frío.... Yo lo calenté con besos furiosos, quería como absorberlo.... Canallal.... Canallal.... Lo mató para abandonarme.... El sabía que mi mayor ilusión era tener un hijito.... Había podido dejarme eso siquiera.... Hoy mi nene tendría ya ocho meses.... Canallal

Flora—Qué descarao.... Y se alzó con el santo y la limosna?

Violeta—Sí.... Me dejó sola y enferma.... Entonces conocí a Pedro....

Flora—Y lo quisiste, ala?

Violeta—Yo no sé.... Fue el primer hombre que se me puso por delante.... Yo me sentía tan desamparada.... Sentía cansancio de querer y al mismo tiempo un deseo loco de que me quisieran.

Flora—Por eso será que vivís revoloteando. (*Se acerca al balcón*).

Violeta—*Flora*, *Florita*: crees que Héctor volverá?

Flora.—Calláte. El que viene ahí es el poeta.

Violeta.—Que mal rayo lo parta.

Flora.—Te quiere demasiado.

Violeta.—Pobrecito.... Vive pendiente de mi menor deseo. No sale de aquí sino a dar sablazos para traerme flores y anís.

Flora.—Porque vos le das pie. Ni con él tenés paz.

Violeta.—En eso soy misericordiosa.... La coquetería tiene a veces un fondo de vanidad, a veces de curiosidad y a veces un fondo caritativo.... Con él.... me suceden las tres cosas.... pero sobre todo, la última.... Detrás de su fatuidad de hombre, hay una dulzura de niño enfermo....

Flora.—Pero vos repartís el amor como si fuera una botella de anís.... Le das a cada uno su copita.

Violeta.—El corazón es como un rosal: cuando lo azotan y lo despedazan, echa mil retoños caprichosos....

(*Entra GARZA.*)

Garza.—Ay, Señora Marquesa! Ahora, aunque quisiera, ya no podría descubrirme en su presencia.... Dejé el sombrero donde Jota Delfín.... Aquí está el anís.... Porque esos lindos labios me hablen y consuelen mi triste vida, soy capaz de ir a traerle hasta la luna, si usted me lo exige.

Violeta.—Vaya tráigamela.

Garza.—Pero.... Señora Marquesa.. ahora no vale la pena.... Es cuarto menguante....

Violeta.—(*Rie*). Sirvame anís.

Flora.—A mí también.

Garza.—(*Sirviendo en una copa, un vaso y una jabonera que reserva para sí*). Tome usted, Señora Marquesa, que sólo cuando usted está poseída del amable licor se apiada un poco de mí.

(*Toman entre risas*),

Violeta.—Sirvame más.

Garza.—Qué linda (*sirviéndole*). Me pongo a verla y a examinarla con todo escrúpulo y no hay en usted detalle, por insignificante

que sea, que no merezca un poema, que no me fascine, que no me.... me.... me....

Violeta.—No, no.... Déjese de tantas frasesitas.... (*Se suelta a hurtadillas el cordón de un zapato*). Usted todo lo ve a través de la poesía.... Ay, Señor Duque: amárreme este zapato que se me ha soltado....

Flora.—(*Cambia con VIOLETA una mirada de doble intención y se asoma al balcón sonriendo*). Mire, poeta, que por andar aquí perdiendo el tiempo, lo van a olvidar en otras partes.

Garza.—Dónde?

Flora.—No diz que me contaba hace un momento tantas aventuras?

Garza.—(*Con suficiencia*). No hay peligro por ese lado. Donde yo he puesto los ojos nadie más es capaz de levantarlos. Yo sé domar a las mujeres cuando no llevo a fascinarlas.

(*Flora sale riéndose por el balcón*).

Violeta.—Qué hubo, señor Duque! El zapato!

Garza.—Con cuánto placer, Señora Marquesa. Ojalá pudiera estar yo siempre postrado ante sus piececitos. (*Se hinca*).

Violeta.—Qué tonto es usted, Señor Duque! Hágalo bien!.... Acérquese más.... No tenga miedo. (*Le agarra la cabeza y le da un beso en la boca*).

Garza.—Así.... hace usted temblar mi cuerpo como una lira....

Violeta.—(*Muy divertida*). No se vaya a desmayar, señor Duque.

Garza.—Quisiera que fuésemos los dos solos en el mundo.... (*mira hacia el lado donde está Flora*) para tenerla siempre entre mis brazos. (*Se acerca a ella y trata de abrazarla*).

Violeta.—No, no.... No se extralimite.... (*Le tumba de un empujón*).

¿Conque esas tenemos ya?

Garza.—Qué cruel! Cómo le gusta jugar con mi pobre corazón! (*Se enjuga las lágrimas*).

Violeta.—Sí será con el corazón?... Pobrecito!... Tan espiritual! (*Le pone una mano en la cabeza*). Qué son esos lagrimones?... (*tirna*). Pobrecito mi nene, mi niño, mi nenito débil!... Quiere que lo arrulle?... así?... Corazoncito!... No llore!... Ja, ja, ja, ja. Todo un señor Duque!... Levántese ya!... Habrá que levantarlo también como a una criatura? (*Lo tira del caballo hacia arriba*). Ayúdeme a poner la mesa.

Garza.—(*Irguiéndose sorprendido*). Hoy se come?

Violeta.—Y está usted invitado (*despeja la mesa*). Abra la cómoda y alcánceme los platos.

Garza.—(*Echa mano a la maleta donde están los útiles de falsificación*). Están aquí?

Violeta.—No. Ahí no.

Garza.—Qué es esto, señora Marquesa?

Violeta.—Déjelo ahí. No, no; no lo abra. Eso no le interesa.

Garza.—Ya sé. Aquí guarda usted todos los secretos de sus antiguos amores!... Esto es el santuario que llevan consigo todas las mujeres bellas!... Aquí está su corazón!... ese corazón de oro!... Qué versos escribiría yo si usted me lo abriera.

Violeta.—(*Trata en vano de arrebatarte la maleta y al fin lo logra*). Deje eso en su sitio. No sea curioso. Venga acá. (*Le pellizca los labios*). Lo único que eso puede abrirle son las ganas de comer!... Alcánceme los platos. Están en la tabla de arriba.

Garza.—Qué vajilla tan variada!

Violeta.—Bastante trabajo me ha costado reunirla. De plato en plato: uno de cada hotel por donde vamos pasando.

Flora.—(*Viniendo del balcón*). Violeta: alricias! Adivina quién acaba de entrar.

Violeta.—(*Sacudida por un presentimiento*). Quién?

Garza.—(*Receloso*). Espera usted alguna visita de importancia?

Violeta.—No. Por qué?

Garza.—Como pregunta con tanta ansiedad!...

Flora.—Nombrando al Rey de Roma!...

Violeta.—Ay! Héctor!

Flora.—El mismo.

Violeta.—Y yo en esta facha!... (*Se compone el peinado*).

Garza.—La noto a usted muy preocupada en arreglarse, Violeta.

Violeta.—No faltaba más! Acaso cree que todo el mundo es tan de confianza como usted?

Flora.—Noto que el poeta te cela.

Violeta.—Era lo único que me faltaba.

(*Se oyen unos golpecitos discretos en la puerta*).

Violeta.—(*En voz baja y emocionada*). Ahí está.

Garza.—Si fuera yo, no se preocuparía usted tanto.

(*Se repiten los golpes*).

Violeta.—Recíbalo usted, señor Duque, mientras yo me arreglo!... Y no me ponga esa cara de espanto. Parece que está desenterrando un muerto. (*Le da una palmadita en la mejilla y se dirige a Flora*). Vén.

(*Salen Violeta y Flora por detrás del biombo!... Garza abre la puerta y entra HÉCTOR, un joven serio y sencillo, vestido con modestia*).

Héctor.—Oh, poeta. Tú aquí?

Garza.—Como de costumbre. Se puede decir que esta es mi casa.

Héctor.—Pedro?

Garza.—Salió.

Héctor.—Vengo tan sólo a traerle a Pedro este ejemplar de mi último libro. Me dijo que deseaba leerlo.

Garza.—Ah!... Ya salió!... Supongo que me lo obsequiarás a mí también.

Héctor.—Porsupuesto.

Garza.—(*Recibiendo el libro*). «La Culpable!... Estudios sociológicos!... No dudo que será una obra magistral.

Héctor.—Gracias!... Como no está

aquí Pedro, dejaré el libro contigo.

Garza.—Está bien.

Héctor.—Adiós, pues.

Violeta.—(Dentro). Aguárdeme un momento, Héctor. Ya voy.

Héctor.—Ah!.... Está aquí Violeta?

Garza.—(Procurando ocultar su contrariedad). Sí, ella sí.... (Con malicia). De algún modo debías explicarte el que ésta sea como mi casa.

Héctor.—(Mirando a Garza de hito en hito). Es una chica interesante.

Garza.—(Con sonrisa donjuanil). Más de lo que supones.

Héctor.—Más de lo que supongo no. Conozco mucho el dolor humano.... Me bastó verla una vez para adivinar su tragedia.... Pobrecita.

Garza.—Veo que.... te conmueves hablando de Violeta.

Héctor.—Por qué no? Siempre me han conmovido los injusticias sociales.... Ella es uno de tantos casos dolorosos.

Garza.—Ah!.... (Irónico). Verdad que eres sociólogo.... Pues ella es un caso anormal, de aquellos en que no se sabe a quien echarle la culpa: si a los hombres o a la naturaleza.... A mí también me conmueve.... Pero yo no miro las cosas como tú, por el aspecto abstracto.... Yo, aunque poeta (guiña el ojo), soy.... más.... humano.

Héctor.—Y qué?

Garza.—Pues.... Ahora Violeta está locamente enamorada de mí.... Es un caso.... Tú comprenderás.

Héctor.—Muy comprensible, sí.

Garza.—(Con jactancia). Mira: este pañuelo es de ella.... Este pelo, también.... Me besa tanto, que tengo siempre en la boca un sabor a perfume.... El día que no vengo a verla, se desespera.... Tú comprenderás en qué conflicto me encuentro: por un lado una mujer con quien no puedo quedar como un estúpido; por el otro,

un amigo a quien no quisiera traicionar.... Qué harías tú en este caso?

Héctor.—Estos casos los resuelven dos casualidades indispensables a un hombre que se estime como tal: primero la reserva, y luego la honradez.

(Entra Violeta muy arreglada)

Violeta.—Héctor!

Héctor.—Cómo está usted, Violeta?

Violeta.—Nos había olvidado.

Héctor.—Vivo tan lleno de ocupaciones....

Violeta.—Algún amorcillo.

Héctor.—Un amor muy grande.

Violeta.—Por quién?....

Héctor.—Por la lucha, por el trabajo, por el estudio.

Violeta.—Ah!.... Pensé que se trataba de un amorcillo de carne y hueso.

Héctor.—No tengo tiempo para ello. Amo demasiado mi libertad y mis ideales.... Los que pretendemos ejercer en la vida un apostolado social, ponemos en él todo el amor de que somos capaces. Nuestra novia es la humanidad.

Violeta.—Y ahora, a qué le debemos el placer de verlo por aquí?

Héctor.—Vine a traerle mi último libro.

Violeta.—Ah!.... Muchas gracias!.... «La Culpable»!.... Quién es «La Culpable»?

Héctor.—(Sonriendo al fin). Léalo usted con mucha atención y lo sabrá.

Violeta.—Comenzaré por el desenlace para salir de la curiosidad.

Héctor.—El desenlace no lo hallará usted en el libro, como en las novelas. No hallará en la rebeldía de su alma cuando me haya comprendido.

Violeta.—No es novela?

Héctor.—No, no, no.... Son estudios de sociología, sustentando la irresponsabilidad criminal.

Garza.—(Irónico). Tú eres de los que pretenden convertir las cár-

celes en hospitales y el Código Penal en un formulario médico....

Héctor.—No doy tan poca importancia a la libertad humana.

Violeta.—Pero, quién es «La Culpable»? *(melosa)* Díganos. No sea malo.

Héctor.—Lean el libro.... Y me voy.

Violeta.—Ya?.... Acaba usted de entrar!.... Creí que se quedaría a almorzar con nosotros.

Héctor.—Imposible, gracias. Vine tan sólo a dejarles la obra. Yo vivo de cita en cita; me falta tiempo para todo lo que tengo que hacer.

Violeta.—Quiere usted aunque sea... una copa de anís?

Héctor.—No, gracias. Nunca tomo.

Violeta.—Aguarde usted a Pedro. Ya no debe tardar.

Héctor.—Volveré en otra ocasión....

Adiós, Violeta.... Adiós, Vate.

Garza.—Adiós, Genio.

(Sale Héctor).

Garza.—Pobre quijotel

Violeta.—Quién será «La Culpable»?

Garza.—No se necesita ser muy suspicaz para comprenderlo, a pesar del aire de misterio que el autor quiere darle.... No lo comprendió usted siquiera por la poca atención que le prestó al terrible sociólogo?.... El sostiene, como todo mediocre metido a intelectual, que la culpable de cuanto pasa en este mundo es la mujer.

Violeta.—*(Suspirando).* ¡Ayayay!....

Garza.—Yo conozco las ideas de los libros por la pasta.... especialmente por la pasta del autor.... Afortunadamente, porque no tendremos tiempo de leerlo. Hoy mismo lo ferea Pedro.

Violeta.....No faltaba más! Preste eso acá.

Garza.—Ojalá.... Noto que toma usted por Héctor mucho interés.

Violeta.—Bien: a usted nada le importa.

Garza.—Ese ingrato en cambio, ni repara en usted.... Y por añadidura

le echa la culpa de todos los crímenes que en el mundo se están cometiendo!.... La mujer es «La Culpable»!.... Filosofía barata! Recurso de folletín francés!.... Ja, ja, ja.... Perdió usted su tiempo en arreglarse para recibir al sociólogo, Señora Marquesa.

Violeta.—*(Enojada)* Ya le he dicho a usted que nada le importa.... Déjeme en paz.

(Entran Moncho y Pedro con pan, frutas y otras provisiones envueltas en papeles).

Pedro.—A ver si te pasa el mal humor.... Aquí está todo.

Violeta.—No se encontraron con Héctor?

Moncho.—De más.... En la puerta. *(Pone una botella sobre la mesa).*

Violeta.—Por qué no lo detuvieron a almorzar?

Pedro.—No quiso.

Moncho.—Mejor. Entre menos bullo, más claridad.

Pedro.—Dónde está el libro?

Garza.—Aquí lo tengo yo.

Pedro.—Cuánto darán por él?

Moncho.—Mandemos a Flora a venderlo, y que compre más jamón, porque esto está muy poquito.... Vieja!

Flora.—*(Dentro).* Qué querés?

Moncho.—*(Saliendo con el libro por detrás del biombo).* Anda a la librería del chato Rizo. Vende este libro y comprás más jamón.

Pedro.—Aquí tienes el pan.... Sardinas.... pollo.... *(Lo va poniendo todo sobre la mesa).*

Violeta.—*(Iracunda).* Ahora váyanse.... No quiero nada con ustedes.... Lárguense todos.

(Regresa Moncho y después de observar las provisiones la mira sorprendido).

Moncho.—Bonitas horas pa echarlo a uno....

Garza.—Señora Marquesa. Yo sin sombrero?.... Olvida usted que me lo ha hecho empeñar?

Violeta.—*(Empujando a Moncho, que se va acercando a la mesa).* He dicho que se vayan.... que

me dejen sola. (*Llora histéricamente*).

Moncho.—Lindo modo de tomar posiciones.... Ya le dio la neuris por imitar a los gobiernistas.

Violeta. (*Tirándoles con el pan*). Que se larguen, desgraciados!

Moncho.—(*Recogiendo el pan y mor diéndolo*). Tampoco nos lo reparta como si fuéramos partido de oposición.

Pedro.—(*Severo*). Violeta! Esto no te lo aguanto, oyes?

Violeta.—(*Echando mano a una botella*). Como des un paso adelante, te rompo esta botella en la

cabeza.

Moncho.—Ehl Le salió la criada respondona.

Garza.—(*Interponiéndose entre Pedro y Violeta*). Paz! Qué haya paz! Contengamos nuestros ímpetus; si no por estética, como los burgueses, al menos como los infelices: por hambre. (*Señala la mesa*).³

(*Pedro y Violeta se desconciertan. Ella suelta la botella y él se frunce de hombros. Garza bosteza y agarra un pan*).

TELON

ACTO SEGUNDO

(Habitación semejante a la del acto anterior. Puerta al foro, trancada con muebles de toda clase).

(*Al levantarse el telón Flora está contando sobre la mesa varios montoncitos de monedas de oro. Empujan la puerta. Ella se alarma, levanta a toda prisa un ladrillo o una tabla del suelo y oculta todas las monedas en un hoyo dispuesto para el caso. En tanto siguen empujando la puerta con más fuerza y luego golpean*).

Moncho.—(*Fuérta*). Abrí, pues.

Flora.—Ahl Sos vos! (*Abre la puerta*). Qué susto me has daol

Moncho.—Por qué no trancaste la puerta con la torre de la Catedral?

Flora.—Estaba arreglando las monedas.... Qué hubo?

Moncho.—Ehl Ya no hay quien embrome.... Ya el costeño ese se fue a comer peto al otro mundo.

Flora.—Lo mataste?

Moncho.—Yo no.... Por más que lo estuve buscando tua la noche, no di con él. Pero mirá lo que dice el periódico.

Flora.—(*Leyendo*). «El horrible asesinato de anoche.» Un hombre ahorcado en el Paseo Bolívar....» Ay, Virgen Santísima!

Moncho.—Se ve que el Pedro anduvo más listo.... La verdá es que si no nos lo quitamos del medio, en la guandoca dormíamos todos esta noche.

Flora.—Pero qué fue lo que pasó? Anoche te fuiste tan aprisa que me quedé sin saber nada.

Moncho.—Qué había de ser! Que el costeño ese desgraciao se las vino a dar de capitalista y se quería alzar con la máquina.

Flora.—Qué aprovechao.

Moncho.—Afortunadamente yo no soy de Mariniya.... Cuando repartíamos todo lo que hablamos hecho en el día, le noté las malas intenciones, y me puse a cuidarlo como quien no quiere la cosa.... De pronto veo que se va metiendo la máquina con disimulo debaju el saco.... Ehl, paísa, le dije: venga acá. Más fácil es que haga un contrato con el Gobierno y al des

cuido se esconda el Capitolio.... Hiju'e los demonios. Ahí se armó la bronca. Pedro le cayó encima y le puso un ojo como un bueño.

Flora.—Y el otro qué hizo?

Moncho.—Salió corriendo como alma que lleva el diablo, y juró por tod'una talanquera de cruces que lo que habíamos hecho no era ni pa Dios ni pa sus santos, y que iba a poner el denuncia en la policía.

Flora.—Qué sinvergüenza!

Moncho.—Me gritó que esa se la íbamos a pagar muy cara.... Y yo le contesté que sí.... pero que en moneda falsa.... Pedro le siguió la pista y yo me vine a guardar la plata y a sacar la barbera por lo que se pudiera ofrecer.... Me puse a buscarlos por todas partes y yo no sé onde se metieron. Hasta por la mañana que compré el periódico no quedé tranquilo.

Flora.—Entonces ya estamos salvos.

Moncho.—No sé. Pedro no ha venido?

Flora.—No.

Moncho.—Voy a buscarlo a su casa. Pero dame algo que comer, porque tengo un hambre de to los diablos.

Flora.—No hay nada.

Moncho.—Nada? Con tua la plata que te dí?

Flora.—Vos me dijiste que no cambiara nada todavía, hasta que pasara el peligro.

Moncho.—Andá a cambiar ya. Serví para eso siquiera.

Flora.—(Levanta el ladrillo o la tabla, saca una moneda y se pone el sombrero de mala gana). Qué querés que traiga?

Moncho.—Pan y jamón.

(Entra Violeta)

Flora.—Oh! Violeta!

Moncho.—Pedro?... Dónde está Pedro?

Violeta.—(compungida). Está en la policía.

Moncho.—(Poniéndose en pie brus-

camente). Eh?

Violeta.—(Saltando a reír). Mentiras.... Está en casa, de lo más tranquilo.

Moncho.—Jua, jua, jua.... (Bosteza). Qué gana de venir a interrumpirle a uno la digestión (a Flora). Andá, pues.... Qué esperás?

Flora.—Orita vuelvo, Violeta.
(Mutis de Flora)

Moncho.—A qué horas llegó Pedro?

Violeta.—A la madrugada.

Moncho.—Se ve que el bicho le dio qué hacer. Le costó trabajo cuadrarlo.

Violeta.—Me mandó a decirles que por precaución nos íbamos a tras-tear para acá, porque al costeo lo vieron mucho por esos lados y nada tiene de raro que hablara algo.... Yo me vine adelante con todo lo que nos podía comprometer (Va sacando cosas de debajo del abrigo). Aquí están los frascos.... y la máquina. (Pone todo sobre la mesa).

Moncho.—Eh, usté sirve pa todo.... Usté es lo que yo llamo una mujer.... Si la Flora fuera así (coge la plancha y la acaricia con satisfacción). Esto es lo que yo llamo mi mina de oro.... Es la mejor herramient'e trabajo que hay en el país....

Violeta.—Ahora déjela en paz porque Pedro lo está esperando. Dice que no conviene cambiar las monedas todavía y vamos a salirnos escondidas, como de costumbre. Lo necesitan para que ayude a traer las cosas. Váyase, váyase.

Moncho.—Aguarde, pues, a que venga Flora, que estoy en ayunas. Déjeme llevar siquiera qué ir mordiendo pu'el camino.... Quiero, además, estar con usté otro ratito.... así.... a solas.... mirándola bien.

Violeta.—Qué maravilla!

Moncho.—Usté tiene unos ojos más milagrosos que la Virgen de Manizales.... Qué milagros haría yo

en este mundo si esos ojos fueran míos.

Violeta.—Qué lástima que no sean.

Moncho.—Todo es cuestión de que usted quiera.... Yo le aseguro que los dos juntos haríamos monedas de oro como quien cosecha maíz. Piénselo bien.

Violeta.—(Con sorna). Pensándolo estoy.

Moncho.—Eh, deje ya sus carameloos.... Busque un pretexto pa pelear con Pedro.... Yo a Flora la echo a la calle en menos de que me limpie un ojo.

Violeta.—(Irónica). No estaría mal (toma una posición seductora). Y qué?

Moncho.—Créame, pues, yo soy la la fortuna pa usted.... Yo soy un endividado que se las puede.... De más.... Yo he llegao a tirar la plata así.... Usted no me ha conocido en mis buenos tiempos.... Es que ahora....

Violeta.—Es que ahora (lo abraza y le canta con picardía) «tus tristes amores tendrás que olvidar».

Moncho.—(Abrazándola). Jua, jua, jua....

Violeta.—(Rechazándolo picaramente). «Pues yo sin dinero no te puedo amar». Ja, ja, ja, ja, ja.... (Se retira dejándolo desconcertado. Moncho la persigue y ella se parapeta con un asiento). Eh, paisano, si yo no soy de Marinilla....

(Entra Flora. Moncho y Violeta disimulan sus rectoros).

Flora.—Jamón y pan.... y «Mundo al Día» con el retrato de la víctima.

Moncho.—Prestá a ver.

Violeta.—Nada, nada.... Usted váyase que lo están esperando.... Tómese: póngase el abrigo para que le quepan más cosas.

Flora.—Tenemos trasteo?

Violeta.—Trasteo de bolsillo, como todas las semanas (a Moncho). Ah! Repítales que no se les vayan a olvidar mis cupidos.

Moncho.—(Guardándose el jamón y el pan)—Qué maluco es que lo

pongan a uno en ayunas a servir de parihuela.

(Mutis del Moncho).

Violeta.—(Rapándole a Flora el periódico). Muestra. (Lo tira). Uyl

Flora.—Estás nerviosa.

Violeta.—No he de estarlo?... Tu no?

Flora.—Yo... Ya estas cosas no me impresionan. Vos sabes que el hombre es un animal de costumbres. Además, al que anda entre la miel algo se le pega.

Violeta.—Yo estoy en unos nervios horribles.... Me parece que los ojos del ahorcado me persiguen por todas partes... Llevo como grabada en la memoria su cara de agonía. Uyl Qué noche atroz.

Flora.—Eh! Tú estabas ahí?

Violeta.—Pedro me llamó por teléfono; me mandó que tomara un taxi y fuera a encontrarme con él. Yo no sabía de que se trataba... Cuando menos pensé íbamos siguiendo al costeo y me dijo Pedro con la mayor sangre fría: a ese le ha llegado la última hora.

Flora.—Te daría susto! Yo sé lo que son esas cosas.

Violeta.—Sentí que se me helaba la sangre... Quise salir corriendo pero Pedro no me dejó.... Luego su misma tranquilidad me dominó, sentí que la voluntad se me iba....

Flora.—Y dónde le armó la bronca?

Violeta.—El costeo se sentó en un banco del Paseo Bolívar y Pedro me ordenó: ve a preguntarle la hora. Yo lo hice automáticamente.. Y mientras le hablaba, en menos de lo que te cuento, el otro le cayó por detrás y le apretó el cuello con un pañuelo de seda... Le ví mover las manos y los pies desesperadamente... Se me escapó un grito y cerré los ojos... Uy, qué horror... Después, como entre sueños, ví a Pedro que se me acercaba y me decía con cara diabólica: «Ya es nuestro... Nos vamos.... Aprisa....» Yo no me atrevía ni a volver a mirar.... Me parecía que el muerto había de le-

vantarse y alcanzarnos.... y ahorcarnos. Ay, Florita. Yo no sirvo para estas cosas. Por más que quiero no puedo disimular.

Flora—Ala, pero peor sería que le hubieran dado tiempo de denunciarnos.

Violeta—Es verdad. Pero hubiera sido eso, ala. Qué horror que nos hubieran puesto presas, no?

Flora—Ahí si habías tenido que echarle la bendición al tipo ese que te tiene tan deschavetada.

Violeta—Te digo con franqueza: si por algo tuve valor para matar, fue por él. Qué horror sentí ante la idea de perderlo para siempre.

Flora—Tan adelantadas andan las cosas?

Violeta—Yo me estaba muriendo de tristeza porque no lo veía.... Al fin resolví llamarlo por teléfono.... Y vino.

Flora—Y te dijo algo?

Violeta—Nada.... pero me miraba muy nervioso, con desesperación, como si le doliera algo.... A los cinco minutos ya quería irse.

Flora—Qué majadero!

Violeta—Me pareció que se iba para no volver nunca.... y por detrás de Pedro le ofrecí un beso.

Flora—Vos sos el diablo. Ja, ja, ja.

Violeta—Se puso pálido.... como un muerto.... y se fue.

Flora—Y volvió?

Violeta—Sí. Casi todos los días.... No me habla, ni me toca siquiera una mano.... Pero me dice con los ojos todo lo que yo puedo desear.... De pronto siento ganas de abrazarlo delante de todo el mundo.... y gritarle que él es el hombre que yo quiero.

Flora—La cara que pondría Pedro!

Violeta—Héctor me quiere. Yo sé que me quiere. Pero tengo tanto miedo....

Flora—De que siga callao la boca?

Violeta—No. De que sepa lo que somos. Al conocer nuestra vida, tal vez me echaría la culpa de todo y me despreciaría.

Flora—Y qué necesidad hay de que sepa nada? Callate, que en boca

cerrada no entran moscas.

(*Entran Moncho y Garza*).

Moncho—Vengo sudando la gota gorda.

Garza—Señora Marquesa: está usted servida contra viento y marea. Ante todo me ocupé de traerle el poco de anís que ayer tarde nos quedó. (*Pone la botella casi vacía sobre la mesa*).

Violeta—Ayl... Yo quiero anís.... Préstame una copa, Flora.

Violeta—Tómala. (*Se lo da*).

Violeta—(*Se sirve y toma*) Pedro?

Moncho—Allá fuera se quedó con ese señor del libro que vendimos el otro día pa hacer el rebusque.

Violeta—Héctor!

Garza—Cuando salíamos nos lo encontramos. Es el prototipo del hombre inoportuno.

Moncho—No quedó más remedio que arriarlo pa ca.

Violeta—Y notó?

Moncho—Que si notó!.... Claro que sí!.... No ve que a Pedro se le veía escurriendo una blusa por detrás del saco?.... Y el poeta por sacarse el pañuelo del bolsillo se sacó un sobrecurso.

Violeta—Qué vergüenza.

Garza—Estas peripecias de la miseria a nadie deben avergonzar. Por el contrario: yo las considero motivo de orgullo... Tanto más cuando hay una Mimí ideal de por medio.

Moncho—Andá, pues, Flora a conversarle al señor ese pa que Pedro pueda venir a descargar.

(*Mutis de Flora*).

Violeta—Me trajeron mis cupidos?

Garza—(*Se quita el sombrero*). Aquí están, Señora Marquesa.

Violeta—Tan lindos. Vengan acá.... Pobrecitos!.... Los dejé solitos?... Este sinvergüenza es el que más quiero, con esos ojos que tiene. (*Lo besa*)... Y este también; este mentiroso. Vayan desembuchando, pronto.

Garza—Yo ante todo me preocupo por los objetos de tuallet... Los polvos. El frasco de perfume... el manicure.. Horquillas.. La crema.

Moncho—(Se quita el abrigo y queda con el cuerpo lleno de ropa femenina, atada con cintas al busto y a las piernas o asomando entre los bolsillos). Parezco una vitrina de los Almacenes de Plata. (Le va dando todo a Violeta que lo coloca en un rincón).

Garza—Se saca de los bolsillos pares de medias y cintas muy largas, todo desenvuelto).

Violeta—Quedaron allá muchas cosas?

Moncho—Bastantes; pero ya no nos cabía ni un botón.

Garza—Se recarga en la pared y da un salto—Ay! Ay!!

Violeta—Qué le pasa, Señor Duque?

Garza—Me he recargado contra la pared olvidando que traía en este bolsillo una almohadilla de alfileres.

Moncho—Se clavó.... Eh.... Pa los tiempos que corren no es nada una corona de espinas!

(Entra Pedro)

Violeta—Se fue Héctor?

Pedro—No. Lo dejé con Flora. Reciban, reciban. (Se saca cosas de todas partes).

Violeta—(Le recibe todo y lo aglomera en un rincón).

Garza—Quedé impregnado de esencias. Beudita miseria, que me permite vivir páginas como ésta, Señora Marquesa.

Pedro—Dos platos.

Violeta—Te dije que me trajeras toda la vajilla. Bastante trabajo me costó reunirlos.

Pedro—Dónde me cabían más cosas?

Violeta—Oh, yo la quiero.... Vayan a traerla.

Moncho—Eh! Me muriera. No iba yo ni por tu el oro del mudo.

Pedro—No se te puede ocurrir una idea más torpe?

Violeta—Yo la quiero.... Vaya usted, Señor Duque.

Garza—Con todo gusto, Señora Marquesa.

Moncho—(Sujetándole de un brazo). No sea bárbaro. No compren

de que con todo lo que valen sus versos lo van a dejar embargao a cuenta de alquileres?

Pedro—(A Violeta). No seas necia. Cómo vas a mandarlo allá?... No comprendes que ya deben haber notado la evasión? Piensa un poco más las cosas.

Moncho—(Amarra las cintas unas a otras).

Violeta—Inútil. No sirves para nada. Si yo hubiera sabido que me ibas a dejar mi vajilla no me vengo adelante. (Zapateando). Mi vajilla. Mi vajilla. Yo quiero mi vajilla.

Garza—No se aflija usted, Señora Marquesa. Yo le ayudaré a reunir otra más variada todavía

Violeta—(a Pedro). Sirve siquiera para llamar a Héctor. Lo piensan dejar allá afuera todo el día?

Moncho—(Recogiendo las cinias como reajo de vaquero). Voy a enlazarlos, pues.

(Mutis de Moncho)

Violeta—(Agota el contenido de la botella y comienza a manifestarse algo mareada). Señor Duque: quiere traerme anís?

Pedro—No tomes más ahora, que ya te está haciendo daño.

Violeta—También eso?... Tomo cuanto se me dé la gana.

Pedro—No vayas, poeta.

Violeta—(A Garza). Pero usted qué es al fin: un hombre o un marracho que se deja mandar de cualquier persona?... Está creyendo que Pedro es su papá? Qué infelices son los hombres sin carácter.... Vaya a traerme anís.

Pedro—No.

Violeta—(Brusca). Sí.

Garza—Aguarde usted un momento. Déjeme pensar.

Violeta—Ah! Tiene que pensarlo.... No vaya.

Pedro—No sigas molestando porque me haces perder la paciencia.

Violeta—Lo está pensando todavía, Señor Duque?

Garza—Lo que estoy pensando es a quien le doy el sablazo.... En fin: deme la botella, Señora Mar-

quesa.
Violeta.—Si no me trae el anís, no vuelva en todo el día.
Garza.—Cumpliré su consigna, Señora Marquesa.
(Mutis de Garza).
(Pausa. Violeta se mira al espejo)
Pedro.—Noto que desde hace días estás muy nerviosa.
Violeta.—Creo que me sobran motivos.
Pedro.—Y has dado en mirarte mucho al espejo.
Violeta.—Es mi única diversión.
Pedro.—Por qué me quieres ocultar lo que yo he comprendido y sé perfectamente?
Violeta.—Qué cosa?
Pedro.—Que estás enamorada.
Violeta.—Enamorada? *(Ríe).* Tiene gracia. De quien, que yo todavía no he caído en la cuenta?... A ver si resultas con que tienes celos del Dupue...
Pedro.—No seas tonta. Yo hago poco caso de tus mariposeos.... Bien sabes a quien me refiero.
Violeta.—A quien?... al Moncho?...
(Riendo) Al tuerto de la otra casa?...
(Haciendo el trágico ademán de quien ahorca una persona), o a Matías el costero?... Pero ese ya pasó a mejor vida.
Pedro.—*(Dominando la impresión que el recuerdo del homicidio le produce)* Déjate de chiquilladas.... Tú misma te denuncias.... Te da miedo nombrarlo.
Violeta.—Todavía no lo he nombrado?
Pedro.—Tú estás enamorada de Héctor.
Violeta.—De veras?
Pedro.—No lo niegues. Desde que lo conociste vives nerviosa, no haces más que hablar de él. Cuando no viene a vernos te pones de un humor inaguantable.
Violeta.—Todo lo has de interpretar mal *(exagerándose)* Francamente, si lo que buscas es una pelea en grande debías advertirlo de una vez.
Pedro.—No preparo una tragedia.... Puedes estar tranquila.... Soy más

práctico de lo que tú piensas.... No tengo nada de egoísta.

Violeta.—Así es la cosa?

Pedro.—Digo que.... estás en libertad de quererlo.... y que no necesitas andármelo ocultando.

Violeta (burlona) Ah, sí?

Pedro.—Yo no me rijo nunca por la costumbre. Sé que a la vida le regulan siempre los imbéciles, y yo procuro interpretarla con mi propio criterio.... Si ella te dice que yo no te basto, que sólo soy en tu vida un recurso, por qué no hemos de sincerarnos para llegar a una completa armonía?

Violeta.—Quizá.

Pedro.—El corazón es muy complejo. Por qué no han de caber en él dos sentimientos, uno para Héctor, otro para mí?... A los dos no nos conviene separarnos por ningún motivo. Yo estoy luchando para tí, y sin tí no tendría aliciente para luchar.... Que te faltan un poco de espiritualidad, de sentimentalismo, de cualquier cosa que en mí no has encontrado?... Dimelo con franqueza. Yo seré para tí un hermano, trabajaré para los tres, para que todos podamos realizar nuestras ambiciones. Yo no tengo el idealismo de Héctor ni él tiene mi audacia y mi rudeza para vencer a la vida. Ambos necesitamos de tu cariño. Por qué no hemos de complementarnos, sin rigor, sin prejuicios, sin egoísmo? Tú serás el ideal, él el idealista; yo la realidad grosera que les dará bienestar y perfume a los sueños de ustedes, lo mismo que la tierra a las flores.

Violeta.—No digas más tonterías. Por qué se te ha ocurrido que no te quiero?

Pedro.—No digo que no me quieras. Digo que quieres a Héctor.... y que sientes más cariño por él que por mí.

Violeta.—No es cierto.... No pienses más en esas cosas.... No seas tonto *(le pone una mano en la cabeza)*. Los nervios te han llenado la cabeza de enredos.

(Entra Héctor).

Héctor—Violeta!

Violeta—(Se retira de Pedro y se manifiesta muy alegre). Oh, Héctor! Siga.

Héctor—Gracias (Le muestra un pequeño envoltorio). Adivíneme qué le traigo aquí.

Violeta—Qué cosa?... Déjeme ver.

Héctor—Un momento (Quita el envoltorio).

Violeta—Ay! (Fascinada, moviendo alegremente los hombros). Un Cupido! Qué lindo! (besa al muñeco). Qué ojitos tiene! Parece triste.... Qué boquita! Me la quisiera comer a besos.

Héctor—Es usted tan infantil.... que a veces me da miedo.

Violeta—Miedo?... Y eso por qué?

Héctor—Porque los niños tienen espíritu de destrucción. No pueden vivir sin despedazar todo lo que cae en sus manos.... Y lo despedazan riéndose.

Violeta—Todos tenemos algo de niños.

Pedro—Yo creo que es al contrario: que hasta los niños tienen algo de hombres. Ellos destruyen porque el instinto les dice que en el mundo hay que volver pedazos muchas cosas, sin misericordia, con la sonrisa en los labios.... Después, cuando raciocinan, comprenden que para hacer lo que la vida les pide no basta decapitar soldados de plomo.

Héctor—Dígame, Violeta: por usted todavía no se han matado los hombres?

Pedro—(Se sienta a leer un periódico).

Violeta—(Ingenuamente) Todavía no.

Héctor—Porque usted está todavía en la edad de los muñecos (los ve sobre la mesa y se les acerca). Pobrecitos!.... Este tiene las alas rotas.... Este lo volvió usted ciego en un momento de irreflexión. Este otro se ha quedado hasta sin camisa.... Y a este se le ha roto la flecha, y se ve tan triste que parece pronto a llorar.... Ay, Vio-

leta; si usted tiene muy despierto ese instinto tan humano o de que hablamos, ojalá que esos pobres cupidos nunca se conviertan en hombres.

Violeta—Mire usted la carita que pone el que me trajo, como si nos estuviera escuchando Tan lindo!.... Entendió todo lo que han dicho?... Sí?... Tiene frío?... Voy a ponerle el traje de uno de aquéllos. (Desnuda un Cupido de los que están sobre la mesa)

Héctor—Otro que se queda sin camisa para favorecer al recién llegado.

Violeta—A veces pienso que una no debía tener sino un Cupido.... porque así lo cuida una tanto y lo quiere tanto, que no hay peligro de que se rompa (con voz quejosa y agraciada, tras breve reflexión). Y qué hago yo si todos me gustan?

Héctor—Qué ha de hacer? Si es un capricho, vencerlo. Si es una necesidad, no queda más remedio sino que los Cupidos se resignen a llevar cada uno un rastro de abandono, y usted a sentir el dolor del afecto que no puede concentrarse y se dispersa lo mismo que una flor deshojada, o un vaso de cristal que se rompe.

Violeta—Qué chusco quedó. Voy a mostrárselo a Flora.

(Mutis de Violeta).

Héctor—(Le pide a Pedro el periódico y se sienta a leerlo). Qué crimen más extraño. ¿Leiste, Pedro?

Pedro.—No.

Héctor.—Un hombre ahorcado en el Paseo Bolívar.

Pedro.—No es raro.

Héctor. Según parece, no fue para robarle.... Dice que le encontraron los anillos y la cartera con varios billetes.... Que estaban marcados en el suelo unos pies grandes de hombre y unos piecitos de mujer que calzaba tacón alto.... Probablemente ha sido un crimen pasional.

Pedro—Probablemente.... Ahí tienes un motivo de estudio.

Héctor.—De mucha reflexión. No matar! Quizá sea éste en verdad el más difícil de cumplir entre todos los mandamientos.... La vida es un recinto estrecho donde el Universo no cabe; y todas las cosas del Universo se atropellan para entrar ahí.... y unas entran por sobre las otras, conquistando su vida con la muerte de las demás....

Pedro.—Por eso critico tanto tus ideas de bondad, de humanitarismo. La vida es cruel, y tenemos por lo tanto que ser crueles para triunfar en ella.

Héctor.—¿Y no podremos nosotros con nuestra misma fuerza consciente matar esa crueldad, vencer esa fuerza superior, ensanchar el recinto de la vida?....

Pedro.—(Hace una mueca escéptica).
(Entra Violeta).

Violeta.—Pedro: te necesitan Flora y el Moncho.

Pedro.—¿Dónde están?

Violeta.—En el patio hablando con la dueña del hotel a ver si nos da aquí una pieza.

Pedro.—Que arreglen ellos lo que quieran. Yo estoy cansado de entenderme con hoteleros.

Violeta.—¿Qué lee, Héctor? Ah! ¿Lo del crimen?.... ¡Qué horror.... Yo creo que fue por celos.

Héctor.—Es posible.

Violeta.—Y usted afirmará de seguro que la culpable ahí es la mujer.

Héctor.—(Sorprendido) Yo?.... Por qué?

Violeta.—A juzgar por su libro.... Bien claro dice usted que la mujer es la culpable de todo lo malo que sucede en el mundo.

Héctor.—Usted no ha comprendido la obra, Violeta.... Me inclino a suponer más bien que usted no la ha leído.

Violeta.—(turbada). No la pude terminar.... Leí apenas unos capítulos.... Pero Pedro me contó lo demás.

Pedro.—Yo nada te he contado. Confiesa la verdad: Que se nos perdió el libro.

Violeta.—Quieres que confiese la verdad?.... El lo vendió el mismo día que usted lo trajo.

Héctor.—Qué mal amigo.

Pedro.—Lo llevaste en hora demasiado inoportuna.

Violeta.—Quién es entonces La Culpable?

Héctor.—En todos los crímenes hay una eterna culpable.

Violeta.—No es la mujer?

Héctor.—No, no....

Violeta.—Siquiera.

Pedro.—Es la vida.

Héctor.—La vida es bella y es buena. La culpable de todo es la que tiene esclavizados al hombre, a la mujer, a la vida misma: es la sociedad.... La sociedad, que por lo mal constituida, en vez de realizar su fin, que es llevarnos a la perfección, surge como un escollo entre nosotros y el derecho a vivir, que es también el derecho de soñar.

Violeta.—Diga usted también que el derecho a querer....

Héctor.—Por eso todos, al ir en pos de nuestros sueños, tenemos que ser destructores. Por eso en el corrompido organismo social aparece el crimen como una llaga.... Y la sociedad, en vez de curar esas llagas, las oculta, las oprime, y finge salud mientras más se le van ahondando.

Violeta.—Entonces en el mundo no hay criminales.

Héctor.—No hay criminales, sino víctimas.... víctimas de la sociedad.

Pedro.—Y debíamos destruirla.

Héctor.—Destruirla no. Purificarla.

Pedro.—Su mal es incurable.

Héctor.—Decir eso es tener idea muy mezquina de nosotros mismos.

(Flora se asoma a la puerta).

Flora.—Lo estamos esperando, Pedro.

Pedro.—Permítame un momento, Héctor.

(Mutis de Pedro y Flora).

(Héctor y Violeta quedan arroba- dos contemplándose; se acercan.... se

estrechan la mano).
Héctor.—(No puede dominarse y le da un beso pasional).

Violeta.—(D aun suspiro ahogado, lleno de emoción dolorosa, y se recarga temblando contra la cómoda, con la cabeza entre los brazos).

Héctor.—Qué tarde te he conocido.... (Se le acerca) Perdóname.... No quise ofenderte.... Lo hice sin pensar.... Violeta: perdóname.

Violeta.—(Se vuelve hacia él con lentitud y en un impulso lo abraza y lo besa apasionadamente).

Héctor.—Te adoro con toda mi alma, con toda mi vida....

(Quedan suspensos).

Violeta.—(Insinúa coquetamente otro beso).

Héctor.—No, Violeta.... Es mejor que sigas rompiendo tus cupidos.... No rompas todavía corazonces.... Vas a causar mucho daño, mucho dolor.... (Se retira de ella y va hacia la mesa).

Violeta.—No me quieres? (siguiéndolo ligeramente desconcertada).

Héctor.—Te quiero tanto, que ahora mismo saldré de aquí para no volverte a ver nunca.

Violeta.—(Con picardía sentimental). Y si yo te cortara las alas.... como a este cupido?

(Entra Garza).

Garza.—El anís, Señora Marquesa. (Lo coloca sobre la mesa).

Violeta.—Démele (Se toma medio vaso).

(Entran Pedro y El Moncho).

Pedro.—Te dije, Violeta, que no tomaras más.

Violeta.—(Ríe medio ebria). Quién es usted para venirme a mandar así?

Pedro.—(A Garza) Pero tú estás ciego? No sabes que esta criatura es loca? Para que le trajiste más anís?.... No comprendes que le hace daño tomar tanto?

Violeta.—(Muerta de risa). Está ciego el pobrecito.... Está ciego....

Moncho.—(A Garza). Mirá como sos. Para eso me fuiste a dar el sablazo?

Violeta.—(Hablando al Moncho). Ah! Lo pagó al Moncho? Hubo un descamisado.... Lo mismo que los cupidos.... Lo mismo.... (Se lleva la botella a los labios).

Pedro.—(Enérgico). No tomes más. Violeta.—Si tomo (Hace mesurados ademanes de embriaguez).

Pedro.—Dame la botella.

Violeta.—(La esconde a la espalda). Sólo Héctor se la puede quitar.

Pedro.—(En un arranque furioso de celos se precipita a quitarle la botella). No me gusta repetir las cosas.

Garza.—(Lo detiene y le hace reflexiones para que se calme).

Moncho.—Se armó la bronca, pues....

Violeta.—(Luchando con Pedro loca de risa). No, no.... Sólo a Héctor.... No te la doy.... Aunque me ofrezcan regalarme la máquina de hacer monedas falsas....

(Sorpresa general).

Pedro.—(Alarmado, en voz baja). Cállate.... Estás borracha.

Violeta.—No he dicho nada malo.... ¿Qué tiene hacer monedas falsas?.... ¡Nada!.... No sé por qué las esconden. (Levanta el ladrillo y les da puntapiés a las monedas, después de tirarlas por lo alto). Ahí están.... Ja, ja, ja.... Ahí están todas....

Pedro.—Cállate o te mato.

Moncho.—(Corre a cerrar la puerta y abre la barbera).

Violeta.—No me callo.... Aunque me ahorques.... como lo hiciste con el costero que está aquí en el periódico.... ¿Quieres que lo diga más duro?.... El costero que te ayudé a matar anoche.... Ja, ja, ja....

Héctor.—Cállese usted Violeta, por favor!

Violeta.—Si usted me lo pide si.... Pero no hay para qué.... Ja, ja, ja.... Si no somos culpables.... Somos víctimas.... nada más.... que víctimas.... ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja.... (Se recarga en Héctor).

TELÓN RÁPIDO

ACTO TERCERO

(La misma decoración del segundo acto. La acción comienza pocos minutos después de que éste ha terminado y están en escena los mismos personajes. Héctor y Pedro se hallan cabizbajos y meditativos; Moncho se ocupa en recoger las monedas y colocarlas de nuevo en su escondite; Violeta, sentada, llora a lágrima viva y Garza se inclina ante ella).

Garza—No llore usted, Señora Marquesa.... No ha hecho usted ningún daño.... Aquí no ha habido más testigos que un sociólogo y un poeta.... y ambos estamos más allá del bien y del mal.

Violeta.—(Con hipidos). Usted tiene la culpa, señor Duque.

Garza—Sí. Cúlpeme usted a mí de todo, Señora Marquesa... pero no se aflija.... Cuando usted pierde su alegría, el mundo me parece demasiado prosaico.

Héctor.—(Poniéndole a Garza una mano en el hombro). Poeta: es mejor que la dejes en paz.... mientras se le calman los nervios.... (lo tira de un brazo). Ven para fuera conmigo.

(Mutis de Garza y Héctor).

Moncho—Por poco nos mete en la grande.

Pedro.—(a Violeta). Déjate de remilgos y piensa un poco más lo que haces.... Ahora quedamos vendidos a ese par de mequetrefes.... Y si alguien más te hubiera oído, nos habría costado el chiste más caro de lo que te imaginas.

Violeta—No se volverá a presentar la ocasión.

Pedro—Ojalá.... Porque de lo contrario....

Violeta—¿De lo contrario qué?

Pedro—Mejor sería que no te volvieras a dejar ver la cara.

Violeta—No me la volverán a ver nunca, porque me voy (se pone en pie). Ahora mismo.

Pedro—No he querido darte a entender eso.

Violeta—Yo lo he entendido así.... Ya son muchas las veces que me lo has dicho y no quiero que tengas que repetirlo más. (Se acerca al sitio donde ha puesto toda su

ropa y la va colocando sobre la mesa).

Pedro—¿Qué vas a hacer?

Violeta—¿Necesito decirlo dos veces? A irme.

Pedro—¿Para dónde?

Violeta—No sé.

Moncho—Eh! Ya está aprendiendo las mañas de Flora.... Cada vez que le doy su paliza arregla t'o los trapos y se va.... hasta la puerta e la calle.... pero de ahí no pasa.

Violeta.—Yo si pasaré.

Pedro—Escucha.

Violeta.—No me hables más.... todo ha terminado entre los dos.

Pedro—Estás borracha todavía.

Moncho.—No le hagas caso, porque es peor.... Dejálala arreglar los trapitos, pa que se desahogue.... Después yo la convenzo.... Andá pa fuera.

Pedro.—(Aparte a Moncho mientras sale). No hay que dejarla ir.... por ningún motivo.

Moncho.—De eso yo me encargo.

(Mutis de Pedro).

Violeta.—Váyase usted también.

Moncho—Pero, es verdá que usted se quiere ir?

Violet.—No tengo que darle a nadie explicaciones.

Moncho—Violeta: aproveche esta oportunidad y hagamos lo que le dije.

Violeta—Qué cosa?

Moncho—Nos vamos juntos a correr la suerte.... Dejamos a Flora y a Pedro pa que se arreglen como más les guste.... Oiga lo que se me ocurre: usted se va de aquí como si peliara con todos; se lleva la plata, los frascos y la máquina entre su ropa.

Violeta—Como el costño, no?

Moncho—Esu es.... Bien caro le costó habernos dao el ejemplo.... Me espera a la vuelt'e la esquina.... Tomamos un tren esta misma tarde y nos vamos a buscar los frijoles a otra parte. Yo le aseguro que los dos trabajando de acuerdo nos hacemos millonarios.

Violeta—De veras?

Moncho—De más.... Yo le aseguro que si hace to lo que yo le diga, podemos hasta comprar el castillo ese por onde usted va a andar como Dios la echó al mundo.

Violeta—Lo mejor es que me deje ahora en paz.

Moncho—Le digo a Pedro que usted se va?

Violeta—Dígame que me voy.

Moncho—Así me gustan las mujeres; que no piensen tanto las cosas (*le toma una mano*). Entonces.... á la vuelt'e l'esquina, no?

Violeta—Suélteme. Qué se está creyendo?.... Me voy, pero sola. (*Entra Flora*).

Flora—Violeta: que te vas?

Moncho—No se va.... Son cuentos.... Es que ya te aprendió a vos las malas mañas.

Violeta—Bueno: ya le dije que me dejara en paz. Déjeme sola con Flora, que quiero arreglar mis cosas.

Moncho—Ta gueno.... Si quiere voy a traerle el camión...

(*Mutis de Moncho*)

Violeta—Qué te dijo Pedro?

Flora—Está afanadísimo.... Lo ha tomo en serio.

Violeta—Es en serio.

Flora—(*sorprendida*). En serio, ala? De modo que....te arreglaste con el otro?

Violeta—No. Por qué?

Flora—Nosotras no dejamos un bocado mientras no tenemos el otro en los carrillos.

Violeta—Supongo que, al verme salir sola de aquí, no me dejará ir al arroyo.

Flora—Y no te da miedo que puedan tener un encontrón él y Pedro?

Violeta—No.... A mí me gusta que los hombres peleen.... Así sen-

timos que nos quieren más.

Flora—Aprovechada.... Cómo sabés sacar partido de las situaciones.

Violeta—Yo estoy segura de que Héctor no me dejará ir sola.... pero sin embargo.... te diré: de lo que tengo miedo es de que su cariño no sea tan grande como el mío; de que me haga la humillación de considerarme como una mujer cualquiera, y mañana me deje porque sí, porque le canso.... o porque le da vergüenza vivir conmigo.

Flora—Por eso no te afanés. Hay más hombres que campanadas en día de ánimas.

Violeta—Eso puede decirse cuando una va ciega por la vida, sin querer a nadie; pero cuando se quiere a un hombre con locura, y lo ll' vamos siempre metido aquí (*se toca el corazón*) y aquí (*se toca la cabeza con el puño cerrado*) y no sólo necesitamos tenerlo junto a toda hora, sino que sentimos celos hasta de sus pensamientos.... no podemos resignarnos a que nos trate como a una del montón. No, no es posible.... Yo lo adoro, y lo conquistaré para mi sola, aunque me cueste años.... aunque me cueste toda una vida.... aunque haga su desgracia....

Flora—Andá con cuidao, no te enamores de a mucho sin saber a qué atenerle, porque los hombres son todos muy malas pavas. Vos crés que a mí no me dan ganas también a veces de dejar esta vida perra?.... Pero comprendo que es mejor malo conocido que bueno por conocer.

Violeta—En fin: que pase lo que pase. Ayúdame a hacer el equipaje.

Flora—En qué lo vas a llevar?

Violeta—Eso es lo que estaba pensando.... Tienes tú una maletica?

Flora—Tengo la boleta.... Puedo ir en un momento a la empañadura.... Aguardá.... uno.... dos.... tres.... cuatro.... cuatro meses y medio.... Si se puede sacar.... Voy.

Violeta—No. No hay necesidad....

haré un atadito.... Es muy poco lo que tengo. Casi todo lo mío se ha ido quedando regado para salir de apuros.... Lo que me queda cabe en un periódico.

Flora.—No hay más que el del cuento del costño, ala.

Violeta.—Dámelo.

Flora.—Aquí está.

Violeta.—Qué te pasa?... Lloras?

Flora.—Yo no creo que estés hablando en serio.... y sin embargo....

Violeta.—Vamos a seguir muy amigas.... viéndonos con frecuencia.

Flora.—Te he cogido tanto cariño.... y sé que te vas a olvidar de mí.

Violeta.—(Abrazándola). No me olvidol.... No me olvidol

Flora.—Sí. Tal vez te acordarás de de mí; pero no volveremos a vernos.... porque él no te dejará.

Violeta.—Por qué no?

Flora.—Yo sé que no te dejará.... Él no piensa como nosotros.... y lo más seguro es que me considere una mala mujer.... Y yo no soy mala....

Violeta.—No llores más.... Alcánzame las cosas (la besa).

Flora.—Los zapatos.... las blusas.... el traje azul.... estas cajitas....

Violeta.—(Abre una caja). Esta me dallita es de oro. Me la regaló mi mamá.... Es lo único que he podido esconderle a Pedro para que no me lo empeeñe.

Flora.—Qué linda!

Violeta.—Te la regalo.... para que veas que te quiero mucho.... y para que te acuerdes de mí siempre.

Flora.—(Aumentando su aflicción). Gracias.

(Entra Garza precipitadamente).

Garza.—No es posible, no.... Es verdad lo que me ha dicho Pedro?... Que usted quiere abandonarnos, Señora Marquesa?

Violeta.—Es la pura verdad.... Y le advierto que ahora no estoy en ánimo de escucharle sus tonte-

rias.... No te vayas, Flora.

Flora.—(Enjugándose las lágrimas)

Vuelvo dentro de un momento....

Voy a decirle a Pedro que.... es cierto que te vas.... y a darle a guardar esto a alguien, porque si lo ve el Moncho, me lo quita en el primer apuro.

(Mutis de Flora)

Garza.—De sólo pensar en que puedo perderla usted, siento que me voy a volver loco.

Violeta.—Es inútil todo lo que me diga para tratar de convencerme.

Garza.—Si usted no quiere seguir viviendo con Pedro, le ofrezco mi casa. Es tan sólo un cuartucho miserable, con tres meses de alquileres atrasados. Nada más puedo ofrecerle, porque nunca me he preocupado de mí mismo.... Me ha hecho falta un cariño, un ser por quien luchar.

Violeta.—Es mejor que no lo busque, porque le da muchos dolores de cabeza.

Garza.—Toda pena que usted me causara, sería para mí la mayor felicidad.... La vida sería para mí el más bello regalo de la naturaleza si yo pudiera tener siempre enlazado su cuerpecito entre mis brazos.... en un estrecho abrazo que la rodeara dos veces. (Intenta abrazarla por el cuello y ella se le escurre con suavidad gatuna dejándole con los brazos cruzados en el vacío).

Violeta.—Uy! me pone usted nervioso!

Garza.—Piénselo usted bien, Violeta.... Yo soy el único hombre que la comprende como usted merece, el único que puede inmortalizarla en una estrofa.... Si yo no le inspiro amor, será para usted un hermano.... Mi vida no tendrá más objeto que velar por la suya.... Si no me quiere dar su su ternura, me conformaré con sus ultrajes.... y ambos dormiremos nuestras penas buscando la felicidad más allá del amor.

Violeta.—Eso cómo?

Garza.—Le enseñaré a usted secretos que divinizan la materia, esta materia vil.... y causan un éxtasis que hace olvidar todos los sufrimientos y nos convence de que no estamos hechos de carne, sino de alma....

Violeta.—Para qué habla usted tanto en vano. Señor Duque?

Garza.—(*Enjugándose las lágrimas*). En vano?... Siempre en vano?

Violeta.—Qué culpa tengo yo de no quererlo?

Garza.—El amor nada importa. Es vulgar, indigno de espíritus refinados como los nuestros. Ya le he dicho a usted que conozco néctares que están más allá del amor.

Violeta.—Más allá del amor no creo que haya nada.... absolutamente nada.... Váyase, Señor Duque. Déjeme acabar de hacer el equipaje.

Garza.—Lo que más me desespera es que usted se va con Héctor.... y yo sé que él no la quiere.

Violeta.—(*Tapándose los oídos*). No me diga nada más.

Garza.—Oígame. (*Trata de quitar las manos de los oídos*).

Violeta.—No, no....

(*Entra Héctor*).

Garza.—(*Soltándola*). Ah!.... Ilustre sociólogo....

Héctor.—Poeta ilustre....

(*Todos se sientan. Pausa larga y exasperante. Violeta y Héctor cambian una mirada de doble intención*).

Violeta.—No va usted a comer, Señor Duque?... Ya es hora.

Garza.—No tengo apetito. (*Saca un periódico del bolsillo*).

(*Pausa desesperante*).

Héctor.—Perdona si te soy franco, Garza. Querrías hacerme el favor de dejarme a solas con Violeta?

Garza.—No creo ser un estorbo.

Héctor.—Con toda sinceridad te diré que.... sí lo eres.

Garza.—Pues.... (*Guarda el periódico*) no tengo inconveniente (*Medita antes de ponerse en pie; luego se dirige a Violeta*). Señora Marquesa: con su permiso.... Suceda lo que suceda, no olvide usted que tiene en mí al mejor, al más desinteresado de sus amigos.

Violeta.—Gracias, Señor Duque.

Garza.—No hay de qué, Señora Marquesa.

(*Garza hace medio mutis mientras Violeta y Héctor lo miran alejarse; súbito da media vuelta y los otros vuelven rápidamente la cara para otro lado*).

(*Mutis de Garza*).

Héctor.—Vén acá, Violeta.... Cuéntame lo sucedido, punto por punto.... Háblame.... como a un hermano (*Se acerca a ella*).

Violeta.—(*Con profunda timidez y contrariedad*). Como a un hermano?

Héctor.—Te disgustaría que fuéramos hermanos?

Violeta.—No sé.... (*Baja la cabeza y le agarra a Héctor la punta del saco*). Ya te dijeron que me voy de aquí?

Héctor.—Para dónde?

(*Pausa*)

Violeta.—(*Suspirando*). No faltará.... El mundo es grande.... En último caso me iré al arroyo.

Héctor.—Cómo al arroyo? Crees que voy a permitirte?

Violeta.—Soy libre. Puedo hacer mi voluntad.

Héctor.—Tu voluntad la harás cuando pienses mejor las cosas, cabeceita loca. Mientras tanto sólo podrás hacer tu capricho.

Violeta.—Déjame.

Héctor.—Por qué te disgustas conmigo?

Violeta.—Hay cariños que parecen vacilar a la hora de la prueba.

Héctor.—Violeta: al estar tú solita

en el mundo, qué mayor dicha podría yo ambicionar que consagrarme a tí en cuerpo y alma?.... Pero....

Violeta—Bien claro me das a entender que todo lo que has dicho es mentira. (*Se acerca a la mesa. Héctor la sigue*).

Héctor—Te equivocas. Piensa bien las cosas. Lo que pasa es que entre los dos hay otro amor en pie.... Pedro te quiere.... Yo no tengo derecho para robarle tu cariño.... Además, tú le quieres.... Consulta tu corazón.... y sigue mi consejo: ya que eres tan infantil, procura seguir jugando con tus cupidos... No empieces a jugar con los hombres.

Violeta—(*Toma con dulce picardía el cupido que le regaló Héctor, y lo acaricia bajando tímidamente los ojos*). Ahora sólo voy a tener uno.... para consagrarle toda mi atención.... y todo mi cariño....

Héctor—Así debe ser.... De esa manera no lo romperás nunca.... y cuando lo cambies por un hombre, habrá menos peligro de que le destroces el alma....

(*Pausa. Los dos quedan arrobados contemplándose*).

Voy a llamar a Pedro.

Violeta—(*Con amargo recelo*). Para qué?

Héctor—Para decirle que ya estás formalita.... que ya pasó todo.... que era mentira lo de la fuga....

Violeta—(*Airada*). No... No le digas nada... Y déjame sola.

Héctor—No quise ofenderte.

Violeta—Yo pensé que deveras podía contar con tu cariño... Bueno es saber a qué atenerse.... Comprendo que hoy sólo me espera la calle; que mi único camino es volverme una mujer perdida.

Héctor—Entendámonos....

Violeta—Yo no sigo viviendo con Pedro.... porque no lo quiero.... ni lo he querido nunca.... Lo seguí porque me sentía muy abandonada y él me dio esperanza de ver otros mundos, de ir a buscar a otra parte el amor a que todos

tenemos derecho.... Comprendo que me equivoqué; pero ahora prefiero volver a la calle, antes que seguir siendo la cómplice de ese hombre.

Héctor—Te consideras perfectamente libre?

Violeta—Sí.

Héctor—Entonces....

Violeta—Entonces.... qué?

Héctor—(*Estrechándole las manos suavemente*). Quieres... ser mía?

Violeta—No me engañas?

Héctor—Por qué voy a engañarte.... mi amor.... mi único amor?

Violeta—(*Quejosa*). Tú me dijiste una vez que no querías a las mujeres.... que tu novia era la humanidad.

Héctor—La humanidad!.... Te dije un absurdo.... Uno ni siquiera sabe lo que es la humanidad cuando no ha querido a una mujer con toda su alma.

Violeta—(*Le tapa los ojos*). No me mires. Me da mucha vergüenza.

Héctor—Pobrecita mía.

Violeta—No me engañes, Héctor.

Héctor—Engañarte!.... Si te adoro, si desde que te conocí no tengo vida, no tengo voluntad.

Violeta—Es que... soy tan feliz que.... no lo puedo creer.... El mundo no puede ser tan bueno....

Héctor—El mundo no; pero yo?

Violeta—No soy digna de tu cariño.... Han arruinado mi vida.

Héctor—Por eso, por eso te quiero; porque necesitas amor grande y te lo niegan; porque en tí se ahogan muchos sueños puros. Soy el llamado a sacarte de este ambiente en que caíste, en que la miseria social te hizo caer.

Violeta—Sácame, sí. Yo necesito eso: algo grande. Dicen que soy una mariposa... Era que andaba desorientada, buscando esas palabras que me acabas de decir.... Yo viviré a tu lado como un perro fiel, ocultamente, para que no tengas que avergonzarte de mí.

Héctor—Por qué he de avergonzarte de mí?

Violeta—Porque.... mi pasado....

Héctor—Yo no tengo por qué ocultarte, ni por qué ocultar tu pasado. Al contrario; quiero que todo el mundo sepa lo que eres: una víctima de la injusticia humana, un ideal pisoteado a quien yo quiero defender.... Tú serás mi mejor obra.... tal vez mi única obra.... porque ahora creo que el mundo sería justo, sabes cómo, Violeta?

Violeta—Cómo?

Héctor—Si en vez de predicar nobleza a los cuatro vientos, de pie sobre nuestro mezquino egoísmo, cada cual se ocupará en poner dentro de sí mismo un poco de justicia y de amor verdadero.

Violeta—Amor mío.....

Héctor—Pero, Violeta: aunque tú no quieras a Pedro; aunque él no se haya portado contigo como debiera, yo soy un hombre leal. Antes de que des un paso fuera de aquí, debemos sincerarnos con él.

Violeta—No le hables tú.... Yo le diré todo.

Héctor—Le hablaremos ambos
(*Se asoma a la puerta*).

Violeta—(*Asustada*) No, no, por Dios!

Héctor—Pedro: ven acá.
(*Entra Pedro*).

Pedro—Qué hay?

Violeta—(*Timida*) Que.... me voy... con Héctor.

Pedro—Cómo?

Héctor—Conmigo, sí.... A menos que tú te opongas con fundado motivo. Te he llamado para que entre los tres haya una explicación que ponga las cosas en claro.... Violeta dice que....

Pedro—Bien comprendo que no tengo derecho a detenerla; pero sí a juzgar que en esto no ha habido mucha lealtad de parte tuya ni de parte de ella.... La resolución es demasiado rápida para que pueda interpretarse bien.... A qué fingir, si aquí todos podemos estar con la careta baja? Puedes llevarte a Violeta; pero no necesitas engañarme. Todo esto ha sido un plan.

Héctor—Eso lo considero un insulto, Pedro.

to, Pedro.

Violeta—Y suponiendo que así fuera?

Pedro—Suponiendo que así fuera, tú serías una perdida.

Violeta—(*Por lo bajo, haciendo trompa*). Mmm...; Por cierto.

Héctor—Estás en el derecho de suponer lo que quieras; pero no en el de insultarla delante de mí.

Pedro—Eso es lo que falta ver.

(*Se lleva la mano al bolsillo de atrás*).

Violeta—(*Al ver que van a pelearse lanza una sorda exclamación y corre asustada hacia la puerta*).

(*Mutis de Violeta*).

Héctor—(*Impasible, acercándose a Pedro con el pecho descubierto*). Lo que deseaba tener contigo no es una riña: es una explicación....

(*Pausa*). En vez de apelar a la violencia, lo que debemos hacer es poner en claro nuestros sentimientos.... En vez de matar ciegamente, busquemos dónde está el amor para darle vida, aunque sea a costa de algún sacrificio.... Ante todo necesito que creas en mi lealtad.... Te juro que soy y he sido siempre para tí un amigo leal.

Pedro—Está bien.

Héctor—Yo adoro a Violeta.... Y mi amor ha luchado con mi lealtad hasta hacerme desfallecer.... Violeta acaba de decirme que se va a la calle.... y que me quiere.... y que no te quiere.... ¿Qué harías tú en mi lugar?

(*Violeta, extrañada de no sentir el ruido de la pelea, asoma la cabeza y manifiesta viva desilusión*).

Pedro—Te advierto que ella es una mujer sincera, anormal.... Si a ambos nos quisiera?

Héctor—No querría a ninguno de los dos.

Pedro—¿Por qué?... ¿Quién ha reglamentado el amor?

Héctor—Nuestro egoísmo. Y lo prueba el hecho de que, a pesar de tus ideas, ibas a agredirme.

Pedro—No por egoísmo, sino porque creía ser engañado; y además, porque dentro de nosotros mismos

hay un instinto que quiere obligarnos siempre a proceder como brutos, a pesar de nuestras ideas.

Héctor—Ese instinto es el egoísmo... En el caso de que Violeta nos quisiera a ambos, no querría a ninguno de los dos, porque nos haría enemigos. Aunque nos estrecháramos la mano y procuráramos dominarnos y engañarnos a nosotros mismos, el instinto egoísta estaría siempre en acción, y cada cual trataría de predominar sobre el otro, en una lucha sorda.... Ahora te hago yo otra pregunta: ¿estás seguro de quererla?

Pedro—Sí.

Héctor—Lo dudo.

Pedro—¿Por los hechos de mi vida que acabas de conocer?... Te equivocas. Si yo hubiera considerado mala mi vida, habría arrastrado a ella a Violeta por lo mismo que la quería; porque el temor de perder a los seres que amamos nos obliga a convertirlos en víctimas de nuestras propias desgracias.... Ahora bien: yo tengo la conciencia tranquila, limpia.... Yo lucho por la vida a que tengo derecho. Si la sociedad no es equitativa y me niega mis derechos, tengo que atropellarla.

Héctor—No niego que ella es injusta; pero debemos corregirla con el ejemplo, con el apostolado, con la idea... Está bien que la atropellen los inconscientes que ella misma arrastra al crimen; pero que la atropellen los hombres conscientes como tú, que son los llamados a redimirla....

Pedro—No seas iluso... No ares en el mar... Es cierto que yo no soy como El Moncho, que hace moneda falsa porque nadie se ocupó de enseñarle otra cosa. Yo fui lo que la rutina llama un hombre honrado.... Un día me cansé de trabajar para los demás. Me convencí de que la honradez era un mito; de que la honradez la habían inventado los ladrones para vivir tranquilamente del trabajo ajeno. Comprendí que las leyes

no eran más que un recurso para disimular la explotación cobarde de los unos por los otros, implantada por unas cuantas armas de fuego... Yo ví que podía triunfar dentro del formulismo humano; ser un potentado de la bolsa, un gran hombre público, un contratista célebre; pero consideré más honrado no escudarme con ninguna ley, matar con mis propias manos, robar sin careta.

Héctor—Y te has robado a tí mismo; te has robado la satisfacción de ser un hombre superior; hoy eres un hombre común y corriente...

Pedro—Mi superioridad consiste en ser humano... Soy humano robando. Soy humano matando; y matando no sólo por necesidad, sino también por venganza. Yo, como las sociedades, creo tener derecho a dar la muerte al que me haga daño... Qué es la pena de muerte sino una venganza de la ley?... Y en los dos casos, no es más injusta y cobarde la venganza de todos contra uno que la de uno contra todos?

Héctor—Quizá ambos tengamos la razón... Somos dos extremos que se tocan: lo que la vida es y lo que ella, a través de su dolor, quisiera ser.

Pedro—Ahora sí, crees que yo pueda quererla?

Héctor—Tú lo dices... Entonces... que ella elija?

Pedro—Que ella elija, sí.... Violeta!

(*Entra Violeta*)

Héctor—Qué debo hacer?

Violeta—Mira vacilante a uno y otro y luego se dirige a Héctor. Queda muy lejos tu casa?

Héctor—Un poco, sí.

Violeta—Ve a traer un coche.

Héctor—Está bien.

(*Mutis de Héctor*).

Pedro—Violeta: eres una canalla.

Violeta—No me importa tu concepto.

Pedro—Creo que tengo derecho a pedirte que me expliques tu conducta. Tú me dijiste hace un mo-

mento que me querías, que Héctor nada te importaba. O mentiste entonces o mientes ahora.

Violeta—Mentí entonces.

Pedro—Díme francamente por qué te vas. Tienes miedo de que siga nuestra vida de miseria? Te juro que no nos volverá a faltar nunca nada. Si quieres ahora mismo salgo a robar, a matar.... Si quieres mañana mismo tendré todo lo que necesitamos para irnos a donde tú mandes.

Violeta—No tengo afán de irme para ninguna parte.

Pedro—Te llevaré al lado de los tuyos. Nos casaremos.

Violeta—(Riendo). Eso es un imposible. Mi familia que iba a recibirme contigo.... Eres un aventurero.

Pedro—Dejaré de serlo si tú lo mandas. Sin tí mi vida no tendrá ningún aliciente.

Violeta—Y contigo mi vida tampoco lo tendría.

Pedro—Con Héctor tú serás desgraciada. Yo he dejado tú corazón libre. El no sabrá comprenderte y va a tiranizártelo.

Violeta—Es suyo. Que lo tiranice cuanto quiera. Ni eso has sabido hacer tú.

Pedro—Sea como fuere: No te vas. No darás un paso fuera de aquí.

Violeta—Héctor es tan hombre como tú.

Pedro—Tendrá que demostrarlo. (Saca un puñal).

Violeta—(Carcajeándose). Y dices que no eres egoísta, que te gusta interpretar la vida con tu propio criterio, sin violentarla.... La estás interpretando como los imbéciles.

Pedro—(Desconcertado y descorazonado)—Tienes razón, Violeta... Pero no creas que al apelar a la violencia iba a defender mi pasión. A veces somos fieras para defender un sueño altruista. Al ver que te ibas, no pensé que eras tú lo que perdía, sino el sueño de que te hablaba hace poco; ese sueño irrealizable de armonía, en

que florecían en una sola fuerza tu amor, tu idealismo y mi bestialidad.... Ahora comprendo que al matar también moría ese sueño.... Es mejor que viva, aunque sea trunco: que tú, el ideal, y él, el idealista, vivan con el tormento, con la debilidad de una ilusión irrealizable.... Vete, pues.

(Entra Moncho).

Moncho—Qué hubo?.... Lo que yo dije: eran cuentos...

Pedro—Violeta nos deja.... Se va con Héctor.

Moncho—¿Con el zoquete ese?... ¿Y vos te quedás cruzao de brazos?... ¿Para eso te enseñé a manejar la barbera?... No sabía que los bogotanos fueran tan flojos.. ¿O es que estás esperando que yo te ayude?... Que venga cualquier filipichín a quitarme a mí la mujer, a ver con quién se les entiende.

Pedro—Cállate moncho.

Moncho—¿O es que no sabés matar sino a traición.... y a media noche?

Pedro—(Iracundo, sacudiéndolo como una pluma). Sé matar más que tú.... y si sigues hablando te mato....

Pedro—Bueno, pues.... No hablo.... no sea que paguen justos por pecadores. Además, yo no gasto la barbera con los amigos ni pa afeitarnos....

Pedro—Yo ya maté.... maté lo más grande que podía matar: mi felicidad.... En estos casos, los hombres que como tú nada piensan y nada comprenden, deben callarse.

Moncho—Bueno, pues....

Pedro—A veces se necesita más valor para darle vida a un sueño que para darle muerte a un hombre.

Moncho—Bueno, pues.... Por eso no peliamos.... Entonces, yo como no entiendo de esas cosas. (Se dirige a Violeta) me limito a decirle a usted que le vaya muy bien....

(Entra Garza).

Garza—Violeta: piense usted mucho lo que hace.... Le repito: Héctor

no la quiere.... No en todas partes encontrará usted quienes comprendan, como nosotros, la poesía de su alma.

Pedro—Te equivocas, poeta. Quizá es aquí donde nadie la comprende.... Por eso la hemos visto siempre mariposear entre nosotros como esos deseos que nunca se alcanzan. Ella no le pertenece al mecanismo del hombre ignorante (*señala a Moncho*), ni a los pies de hierro del hombre fuerte, ni a la imaginación absurda de un poeta: ella es como la utopía: sólo puede vivir al lado de un iluso.

(*Entra Héctor*).

Héctor—Ya está aquí el coche.

Pedro—Héctor: perdóname si al principio estuve duro contigo.... La sorpresa, o el egoísmo, como tú dices, me cegaron.... Ahora comprendo que ella tiene razón. Tú eres su complemento. En tí hallará, no la felicidad, porque ésta no existe, sino la paz insípida de los sueños que se vuelven realidad.

Héctor—¿Amigos?

Pedro—Hermanos (*se abrazan*). Llévate.... Merece tu cariño, y tú eres el único que la merece a ella.... Para nosotros, la verdad desnuda, la soledad.... Quizá yo desde lejos, sin que me vean, sin que me oigan, pueda enviarles esa fuerza con que quise defender sus ilusiones.... y contribuya así, aunque muy débilmente, a esa trinidad que soñé por unos segundos.

Garza—(*A Héctor*). Perdóname que me entrometa.... Te hablo de corazón.... Si lo tuyo es una aventura nada más, si no quieres a Violeta con toda el alma, no la saques de aquí.

Héctor—Tú sueñas, poeta (*A Héctor*). Te juro que la haré feliz.

Pedro—Así te la entrego. De hombre a hombre.... Ese juramento lo tendré siempre presente.... Si lo rompes, me verás la cara otra vez. Ahora, otro abrazo.

Héctor—De hermanos, sí.

Garza—Violeta: va a dejar usted casi llena la última botella de anís

que le he obsequiado en la vida?...

¿Me hará ese desprecio?

Violeta—No, señor Duque.... Sirvenos. **Pedro**.

Flora—(*Reúne todos los recipientes útiles para el caso: copas, vasos, tarritos, un pedazo de botella, una jabonera*).

Pedro—(*Sirve*).

Garza—(*Distribuyendo*). Vamos a enterrar nuestros pobres títulos con la última copa.... La Señora Marquesa del Verso y el Duque del Anís ¡han muerto!

Moncho—¡Qué mujeres! Cuando uno menos piensa juegan con nosotros.

Violeta—(*Picarescamente*). Es que ahora los hombres se han vuelto a convertir en cupidos.

Flora—Por tu felicidad, ala.

Violeta—Gracias.

Garza—(*A Héctor*). Tú eres aquí el triunfador. Te daré la única copa que no está rota....

Héctor—Gracias, poeta. Yo no tomo.

Pedro—Esto no es licor. Héctor. Es ilusión.... En fin: no tomes.... Resulta muy humano.... Eres el único de todos nosotros que ve su ilusión realizada.... No tomes.

(*Todos quedan con su copa en la mano, sin saber qué hacer ni qué decir*).

Flora—(*Rompe a llorar*).

Garza—(*Brindando*). Hermanos!.... Todos hermanos.... Qué juntos estamos!.... Pero qué solos!.... Qué pálido es el anís!.... Así es el color de los difuntos! En cada uno de nuestros corazones hay ahora un difunto!

(*Toman*).

Flora—(*Recibe las copas*).

Violeta—¿Nos vamos?

Héctor—¿Traes algo?

Violeta—(*Tomando el atado que hizo*). Este bultico nada más.

Garza—Adiós, Violeta. Se acabó el señor Duque.... Ahora me quedo solo.... Mi misión en la vida siempre ha sido estar solo.... Que sea usted tan feliz como se merece.

Violeta—Adiós, señor Duque.

Garza—Adiós, señora Marquesa.

Violeta—Moncho: mucha suerte.

Moncho—Así le digo yo. Ojalá que no siga usted ahora como nosotros: de mal en peor.

Violeta—(Abraza y besa a Flora repetidas veces).

Flora—(Correrponde llorando con el mayor desconsuelo).

Violeta—Pedro, adiós. (Le tiende la mano).

Héctor—Despídete de Pedro con todo cariño.... Dale un beso.

Violeta (Lo besa en la mejilla, muy avergonzada).

Pedro—(Tamándole la cabeza, y besándola en la frente con amor intenso). Adiós.... Adiós.... Mi vi-

dal.... (Se retira a un extremo de la habitación y da un hondo suspiro).

Violeta—(Con su bultico en una mano y el cupido que le regaló Héctor en la otra, va haciendo mutis).

Héctor—(La sigue).

Flora—Se te quedan tus cupidos, Violeta. (Toma en las manos tres cupidos y los muestra a Violeta haciendo grupo con Pedro, Moncho y Garza).

Violeta—(Mira con tristeza, primero a los cupidos, luego a sus compañeros, y enseguida manifiesta una suave despreocupación). Déjalos ahí.... Me llevo éste nada más....

TELÓN LENTO

FIN DE LA OBRA

Ecos de La Novela Semanal

EN EL PROXIMO NUMERO comenzaremos a publicar la bellísima novela *El infierno en el alma*, original de la gran escritora caldense Uva Jaramillo Gaitán, quien dedica su trabajo a los maestros Carrasquilla y Velásquez, inimitables cantores de la raza. En verdad puede decirse que Uva es también inimitable, y que pensando en su talento bien podía reafirmarse lo que decimos muchos que no somos antioqueños: que si la raza colombiana tuviera la fortaleza física y moral de la sangre antioqueña, no nos encontraríamos en el atraso lamentable que nos ha traído a la miseria económica y a la absoluta impersonalidad.

Chocolate Santa Fe

EL MEJOR DE TODOS